

quien, en nombre del yerno, recibió a la regia comitiva. Se dice que el soberano manifestó deseo de galardonar con un título, al insu-miso «morgado», lo que éste, altanero, renunció.

Un «episodio»: el Terreiro de San Juan de Dios, donde, al fondo, se ve el solar conocido por este mismo nombre, «Solar de Terreiro», está convertido en una bizarra plaza de armas. Un mariscal duque y vencedor, acompañado por una escolta de oficiales distinguidos, cubiertos de gloria—decían ellos de sí mismos—llega un cierto día a Montemor y escoge para su cuartel general ese viejo palacio alentejano, donde se guardan tantos símbolos de glorias pasadas y donde el vencedor ha de escribir al vencido esa carta que, como documento histórico, pertenece a la Historia. Yo sólo copiaré las crueldades e injusticias de sus últimas palabras.

«...Creo mi deber comunicar a V. E. que S. M. el Emperador, Duque de Braganza y regente en nombre de su majestad la Reina y comandante en jefe del ejército liberador, ya ratificó el Tratado con Inglaterra, Francia y España, en el cual las potencias se obligan a emplear todos los medios de que puedan disponer y a no dejar las armas hasta que los dos pretendientes de las coronas de Portugal y España hayan salido de la península. Dado en Montemor el Nuevo, a 24 de Mayo de 183 (?). Mariscal Duque de Saldaña».

Entre la escolta del brillante Duque de Saldaña se destacaban la elegancia y la arrogancia de uno de sus oficiales, tal vez el más joven de todos. Llegaba a Montemor como vencedor, y supo vencer... Era hijo del Conde de Río Pardo, de la casa de los marqueses de las Minas, condes del Prado, Adelantados de Africa, etc. En el solar del Terreiro fué recibido como pariente del viejo «morgado» Francisco María, y como la hija única de los señores de la casa era linda y heredera, sabía expresarse como las damas de la corte, bailaba con gracia y se vestía como ellas se vestían,—un suave idilio comenzó entre María Benedicta de Melo, Salema, Corte Real, Barreto y Corgoñño y el hijo de los condes de Río Pardo... El es este mismo don Diego de Sousa que ya encontramos en páginas anteriores, con más años y más esmerada elegancia cortesana, haciendo los honores de la casa de su yerno, el último «morgado».

En 1700, recibía nuestra casa nueva Ejecutoria de Nobleza aunque no se trata de un título o de una merced honorífica: es apenas un pequeño mayorazgo para unirse a los vastos mayorazgos; un nombre casi del pueblo, modestísimo, para unirse a altos linajes. Juan Ciudad era un muchacho de la calle, un vagabundo; por tierras de España, un aventurero en 1500. Dos siglos más tarde, su sobrina, Sebastiana María Josefa, une su destino al de nuestro cuarto abuelo paterno, trezando con su pequeña dote una joya preciosa: la representación de San Juan de Dios, que hoy ostentamos por derecho propio.

Es curioso recordar que este mismo solar que fué palacio de reyes y donde estuvo hospedado Luis I, siendo la suya la última visita regia, se vestía de galas para honrar la fiesta de Juan Ciudad, el muchacho de la calle. Durante el novenario, eran colocados faroles en

toda la fachada, y en las ventanas pesados candelabros de plata, con velas. En el día de la procesión—8 de Marzo—se extendían las más ricas colchas de la casa, que se iban a buscar a los grandes arcones de madera de palo santo, donde reposaban en un gran sueño... A las varas del palio, iban los hidalgos de la familia; en tiempos un poco más remoto, sé que con sus vistosos uniformes de mozos hidalgos y la Cruz de Cristo...

¡Qué lindo era mi Montemor de ese tiempo, con sus costumbres, con sus respetadas tradiciones, con su nobleza innata, con su regionalismo activo y con su personalidad inconfundible!

Muchas cosas, evidentemente, mudaron en el decurso de los últimos años, bajo el fatalismo de la evolución, que, en último análisis, es ley natural. Se sucederán generaciones, desaparecerán viejas grandezas, surgirán otras nuevas; emigrarán, llevadas por la muerte o por el destino, antiguas familias que todavía conservaron para todo y siempre sus nombres ligados a la Historia de la más linda y pintoresca villa de ese Alentejo que dió a la patria guerreros famosos y poetas notables. No todo pasa, sin embargo: ese Montemor vetusto, con su castillo morisco, restaurado por la solicitud de la Comisión de Monumentos Nacionales; embellecido en la parte urbana; esplendoroso en las huertas, en los pinares, en la planicie que se extiende hasta perderse de vista, será siempre para mí, apartada de él por las contingencias de la vida, ¡mi muy amado, mi muy querido Montemor!

IDEARIO

EXTREMENO

Mucho alcanza el poder y la ventura—pero más avasalla la hermosura.

...De su esfuerzo, al amor siempre negado,—cuanto más desdenoso, más amado.

...Este es del amor el fiero poderío — forzar a un imposible el albedrío.

VICENTE GARCIA DE LA HUERTA